

La revolución dadaísta: hoy hace cien años (1916-2016)

Óscar Jairo González Hernández

Nada más excesivo que el Dadaísmo, nada más necesario dentro del arte moderno que el Dadaísmo, nada más revolucionario que el Dadaísmo, nada más provocador en su sentido y sin sentido para la sensibilidad moderna que el Dadaísmo, nada más intenso e inquietante que la rebelión contra lo establecido que en la que se iniciaron y la que indicaron los Dadá. Y Dadá que lo era todo, también era nada; y que no tenía forma, podía entonces tener todas las formas; que no decía ni reclamaba nada, lo decía y lo reclamaba todo para el artista y el no artista Dadá. Y si Dadá tenía muchas cosas que decirse a sí mismo y decirles a los otros, lo hizo desde su posición y con sus elementos de rebelión, y con su revolución, que sí quería y buscaba destruirlo todo. En esa destrucción se dieron y se transformaron constantemente unos hilos indestructibles; en su relación con ellos mismos, con la vida, con el arte que no era arte o no tenía la intención de ser arte en el sentido tradicional y clásico, sino lo contrario. Ya lo decía Ball, de sí mismo:

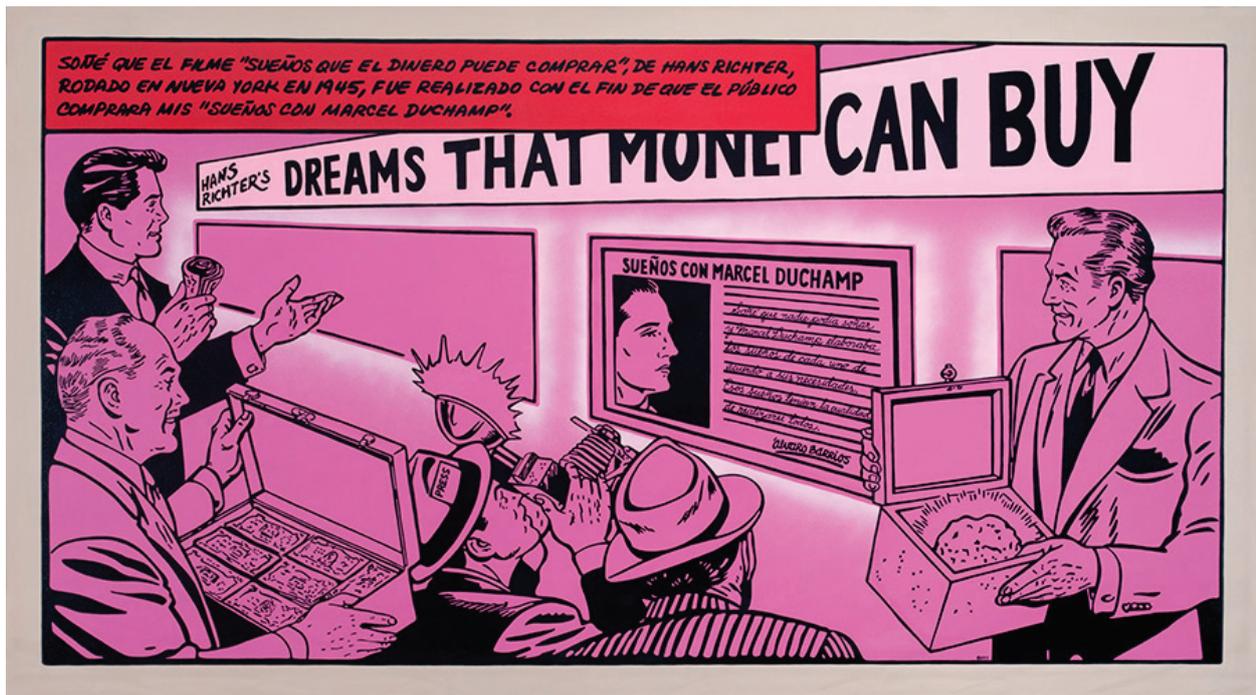
Es un error creer en mi presencia. Soy cortés y servicial, nada más. He realizado todo tipo de esfuerzos para simular ante mí mismo una existencia real. Si un dependiente me vende un par de tirantes, sonrío con aire de suficiencia y de una forma inconfundible. La timidez de mi tono de voz, mi paso lento y vacilante hace tiempo que le han revelado que soy un "artista", un idealista, un personaje de aire. Si ocupo una silla, incluso acompañado, yo mismo noto a la legua que el que se sienta allí no es más que un fantasma. A cualquier ciudadano más o menos resuelto y enérgico le resulto sospechoso e inferior a él, también por eso evito dejarme ver.¹

Los dadaístas "coincidieron" en un mismo momento y en un "mismo" mundo, en una

"misma" necesidad de revolución, de rebelión y de provocación crítica. La crítica es revolucionaria, lo mismo que la rebelión, pues son y se hacen en un mismo sentido y sin sentido. Y son y no son; pero tienen el mismo hierro y el mismo imán de transformar las realidades del yo. La destrucción del mundo occidental y la muerte del racionalismo eran necesarias y fueron causas para este movimiento incitador y perturbador de la condición humana y estética, su tendencia concreta y su intencionalidad. Y entre ellos, los dadaístas no se conocían ni tenían conciencia de lo que hacían allí mientras teatralizaban sus vidas ante la muerte y el exterminio. El arte construido sobre la muerte y el exterminio debían y tenían que ser destruidas de la misma forma y con la misma intensidad; nada debía quedar de ellos, ni siquiera en lo que hacían y buscaban hacer. Nada los movía más que la destrucción del arte, ante la evidencia absoluta de la destrucción misma causada por la Primera Guerra Mundial.

Destrucción del sentido, que era lo esencial, para darle cabida al sin sentido, que era lo absurdo y lo arbitrario. No tenía sentido vivir la vida y, por lo mismo, tampoco lo tenía la vida para el arte. Y había que buscarles, a ese miedo y a esa inabarcable duda, una manera nueva de vivir, de hacer el arte mismo. Las disquisiciones teóricas eran innecesarias ante la necesidad de la destrucción de la vida. Y era necesario quebrar las teorías desde su misma estructura, liberarlas de su oxidación, de su muerte, que contaminaba la capacidad sensitiva de la ironía. Nada de símbolos, solo la realidad.

Dadá no era nada, no quería ser nada, siéndolo todo. Dadá estaba contra todo, pero también se desarrollaba contra sí mismo. Y por eso inver-



Álvaro Barrios. *Sueños ilustrados (Sueños que el dinero puede comprar...)*. De la Serie En torno a Marcel Duchamp. Acrílico sobre lienzo. 100 x 180 cm. 2013

tía la perspectiva, de la necesidad de destruir, pero en la destrucción se construía inconscientemente. No se inclinaban ante la historia, la historia se les hacía innecesaria. Turbulencias secretas los movían, los inclinaban ante un nuevo elemento más poderoso de lo desconocido. Y lo desconocido era lo abarcable pues lo inabarcable había sido llevado a la extinción totalitaria. Dadá no ha evolucionado sino que todavía está desarrollando su evolución, que se hace desde el carácter mismo de sus miembros, de lo que todavía no sabemos ni conocemos de los dadaístas ni del Dadaísmo. Como lo dice la dadaísta Emmy Hennings:

En aquel entonces cuando comenzamos con el "Cabaret Voltaire", estábamos un poco envidiosos de todas las "personas moralmente consolidadas"... En Zúrich ya había algunos conocidos de la escena literaria, pero creo que no nos tenían tampoco en demasiada estima. En cualquier caso, estábamos familiarizados con la desconfianza, la superioridad y la soberbia, hasta el punto de que estábamos cerca de ser personas despreciables (...) Todavía no tenía decidido si inclinarme por ser una pirómana o una de-

lincuenta, pero si me hubiese cruzado con una banda de ladrones, no estoy segura de que no me hubiese unido a ellos.²

Como hemos dicho, nos es inaccesible lo que ha sido Dadá, lo que hicieron en, y con sus vidas los dadaístas. Todos somos Dadá, incluso los que dicen no serlo, exclamaban, en medio de su furor y frenesí indestructibles. Nada de extorsionar la vida con el miedo a vivirla, eso era Dadá. Dadá era una sensación.

Todo estaba dominado e intervenido por el azar, dado que el azar se constituía en una naturaleza nueva, que incitaba o llevaba hacia lo nuevo. Y lo nuevo era necesario ante la destrucción, la muerte, el miedo. Y la manera de contener esa destrucción, esa muerte, ese miedo, se hacía sin duda invocando la construcción de lo nuevo, reclamándolo, instando hacia ello, provocándolo e insultando esa obscura realidad.

De una temperatura poderosa para el Dadaísmo eran la irascibilidad y el sentido del hu-



Álvaro Barrios. *Oración en el museo*. De la Serie En torno a Marcel Duchamp. 1983. Impresión digital sobre papel de conservación. 140 x 93 cm

mor; la ironía y el insulto eran esenciales a la naturaleza de Dadá y de los dadaístas, dado que no tenían por qué obedecer a nadie ni a nada. Era Dadá. Tenía que serlo en su totalidad, pero también no serlo. Construirse de un mundo que no era real, ni racional, ni irreal ni irracional. Era Dadá. No tenía por qué ni para qué someterse a nadie, porque no había nada a lo que someterse, porque eran dadaístas. Y eso les propiciaba una tendencia inequívoca a la provocación, que era una estética al revés, pues la provocación era la herramienta para hacer que la realidad se transformara desde Dadá, solamente Dadá, o sea, todo y nada. Caos de la libertad; y ¿qué libertad no es caos o no es causada por el caos? Y para Dadá y los dadaístas la libertad existía en la medida misma de las turbulencias que desencadena y

contiene, que lleva y que instala como eso que es, la provocación.

Como Dadá es elasticidad en sí — decía Huel- senbeck — y no comprende que alguien se instale en algo, ya sea el dinero, o una idea, ofrece un ejemplo de libertad de carácter nada patética. El dadaísta es el individuo más libre de la tierra. Ideólogo es cualquier persona engañada por su propio intelecto que le hace creer que una idea, es decir el símbolo de una realidad apercibida en un instante tiene carácter absoluto (...). La mística del Dadaísmo era la *no mística*; la contradicción era la revolución; la iniciación era la constante, la intermitencia del sentido era lo deseado. Y entonces lo estable era lo inestable, lo condicionado era lo incondicionado. Todo se movía en la intensidad de las hélices de los calamares, en lo nuevo zodiacal que observa el astrónomo dadaísta, ese nuevo mundo que buscaban excesivamente. Y todo podía ser, y no ser arte, desde esa inquietud insaciable del yo, de cómo el yo era para ellos ese motor inmóvil del universo que en Aristóteles es Dios. Temperatura de las in- vectivas, de la destrucción en sí misma, como de un hedonismo intolerable. Nada dominado por la obviedad insulsa de la casualidad, sino todo involucrado e inmerso en la causalidad, lo que es causado por el yo: Dadá. Dadá queda como una totalidad de la nueva radiación de una rebelión estética indeleble.

Referencias

- Ball, H. *La huida del tiempo. (Un diario)*, Barcelona, Acan- tilado, 2005, p. 67.
- _____. *Flametti o el dadaísmo de los pobres*, Córdoba, Edi- torial Berenice, 2013, p. 251.
- Huel- senbeck, R. *Almanaque Dadá*, Madrid, Editorial Tec- nos, 1992, p. 251.

Óscar Jairo González Hernández es escritor, editor y profesor en la Universidad de Me- dellín, Facultad de Comunicación (Comuni- cación y Lenguajes Audiovisuales). Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.